y otros instrumentos de servicio; de lo cual coligieron la ruina próxima del imperio mexicano hecha por aquella gente valerosa que los había de avasallar y rendir; y pareciéndoles que ya se llegaba este tiempo y que su atrevimiento y desacato no sería castigado le cometieron; y aunque vino esta voz a las orejas de Motecuhzuma no los castigó luego; porque también le zumbaban en ellas el brío y cólera española que ya se le venía acercando, y con este cuidado que comenzaba a afligirle se descuidó de este agravio y aguardó al que la fortuna le iba urdiendo. Luego tembló la tierra el año siguiente y aqueste mismo año apareció en el aire un gran pájaro a manera de paloma torcaz, con cabeza de hombre, que pronosticaba la velocidad con que venían los que los habían de desaposesionar de sus reinos. Este mismo año cayó una columna de piedra grande, junto al templo de Huitzilopuchtli, sin saber de donde había venido, sólo se supo el haberla visto caer. Por este tiempo hacia la Mar del Norte se anegaron los tuzapanecas, con un diluvio que por ellos pasó y asoló sus tierras. En el pueblo de Tecualoia, en un lugar llamado Teyahualco, cogieron un ferocísimo animal de muy horrenda y espantosa hechura. En Tetzcuco se vino del campo una liebre y entrándose por la ciudad se metió en las casas del rey y no paró hasta llegar corriendo a lo más interior de su palacio, y queriéndola matar sus criados, dijo el rey Nezahualpilli: dejadla, no la matéis, que ésa dice la venida de otras gentes que se han de entrar por nuestras puertas sin resistencia de sus moradores. Fueron los ejércitos de estos reyes este año contra los xuchitepecas y icpactepecas que se habían rebelado y los vencieron y trajeron grandísima presa de ellos.

CAPÍTULO LXXIX. *De cómo el emperador Motecuhzuma hizo traer una piedra para los sacrificios, y lo que sucedió en su traída; y se cuentan algunas guerras que los tres reyes hicieron*

Así como había crecido la majestad del imperio en estos reyes mexicanos, así también se iban engrandeciendo en las cosas de su república; y los que de tan humildes principios habían subido a la cumbre de esta alteza referida ya no se contentaban con las cosas comunes que otros sus antecesores habían tenido por bastantes y suficientes; y con la presunción de ser más que otros, se les aventajaban a todos en todo cuanto podían; en especial este gran rey Motecuhzuma, que como era de muy aventajado corazón así eran muy aventajadas las cosas que hacía, mayormente en las de su falsa y detestable religión; que en éstas excedió a todos sus antecesores y se pudo decir entre los indios otro Numa como lo hubo entre los romanos el cual, después de haber hecho un muy grande edificio en el templo mayor, acrecentando sus cercas, salas y edificios y otros algunos templos, le pareció que para tanta grandiosidad era muy pequeña la piedra de los sacrificios donde los hombres que eran ofrecidos al demonio

eran muertos. Por lo cual hizo buscar una que fuese tal y tan grande que mereciese nombre del rey que le había puesto. Anduvieron buscándola por toda esta comarca de Mexico y viniéronla a hallar en un lugar, dos leguas de esta ciudad, llamado Tenanitlan, junto al pueblo de Coyohuacan. Era la piedra como el rey deseaba y habiéndose labrado y entallado a las mil maravillas hizo que la trajesen, a lo cual concurrió grandísimo gentío de toda la comarca y la movieron de su lugar y la fueron arrastrando por el camino con grandísima solemnidad, haciéndole infinitos y muy varios y diferentes sacrificios y honras. Llegó la piedra con este aparato de majestad a las primeras casas de esta ciudad, en el barrio de Xoloco y queriéndola pasar por una puente que se hacía en la división de una grande acequia de agua (aunque era fuerte y para sólo aquel fin la habían reparado y pertrechado muy bien) no bastó, porque el peso de la piedra o era más de lo que pudo sufrir o el demonio que hacía que la trajesen la quiso introducir con azar en su infernal casa y templo y así se deslizó por la madera y se fue al agua llevándose tras sí su sacerdote mayor, que la iba incensando y otro grande número de gente que dio más presto en el infierno que la piedra en el centro y suelo del agua. Fue uno de los mayores azares y agüeros que los mexicanos tuvieron de su desventura, porque allí creyeron que ya su dios los desamparaba, pues no quería recibir aquel servicio que a su contemplación se hacía. Sacáronla con grandísimo trabajo y dedicáronla en el templo de Huitzilopuchtli, en cuya estrena murieron todos los cautivos que estaban rezagados de muchas provincias para sola esta fiesta que fue una de las mayores que los mexicanos hicieron, en la cual Motecuhzuma hizo convocación de todos los señores del imperio y hizo mercedes muy dignas de su grandioso pecho, en las cuales gastó un tesoro inmenso; porque se dice que no sólo a los reyes dio como a reyes y a otros señores como a señores, sino que a todos, chicos y grandes, dio joyas y preseas. Donde se me ofrece pensar que este rey se iba acabando como la candela que hace fin, con mayores luces y resplandores; porque esto fue al décimo año de su reinado, que fue aun más de la mitad del tiempo en que la fortuna le fue subiendo a esta suprema cumbre y grandeza.

Hizo luego el templo del demonio, llamado Tlamatzinco, a cuya fábrica vinieron los de Quauhquiahuac y Mixcohuatepetl y entonces también se hizo la casa de quauhxicali, que fue una grande fábrica. Y este mismo año salieron contra los de Tlachquiauhco y los destruyeron sin dejar ninguno en el pueblo y trajeron preso a Malinal, señor de aquella provincia; y todos los que en esta guerra cautivaron fueron muertos en la estrena y fiestas de los edificios dichos, que fueron doce mil y doscientos y diez los sacrificados. Al onceno año se rebelaron los yopitzincas y quisieron matar a traición a los mexicanos que estaban de guarnición en Tlacotepec; pero fue descubierto su intento y saliéronles los mexicanos al encuentro y los acometieron con tanto esfuerzo, que los desbarataron y les cautivaron doscientos de sus soldados, con que los yopitzincas se volvieron menos a sus casas sin haber podido efectuar su intento. Fueron los mexicanos este mismo año contra los de Nopallan y les cautivaron ciento y cuarenta hombres;

pero murieron de los mexicanos muchos; y de los señores y gente de cuenta veinte.

Al doceno año de su reinado salieron por tierra de chichimecas sus ejércitos y entraron por la Huaxteca y rindieron a los de Quatzalapan, y de los de esta provincia y cautivos que de otras partes prendieron fueron mil y trescientos y treinta y dos y quedaron muertos de los mexicanos noventa y cinco. Al treceno año salieron contra los de Cihuapohualoyan y Cuezcomaixtlahuacan, y a los primeros los asolaron y a los segundos no pudieron, porque se les fueron por pies y se les encastillaron en un lugar llamado Quetzaltepec.

CAPÍTULO LXXX. *De algunas cosas tocantes al reinado de Nezahualpilli, rey de Tetzcuco, y de su muerte que fue al quinceno año de el de Motecuhzuma, habiendo reinado más de cuarenta y cinco años*

L REY NEZAHUALPILLI DE TETZCUCO, que en compañía del de Mexico y Tlacupan hacía sus guerras, envió sus gentes el año mismo que murió contra los de Quetzaltepec y Iztactlalocan y los vencieron y sujetaron al imperio y hicieron hechos muy hazañosos en esta guerra Ihuitemoc y Quauhtemoctzin, que fue el señor tlatelulcatl, que era rey cuando los españoles se apoderaron de esta ciudad de Mexico; y como estas cosas llegan a punto de cansar y no pueden ser eternas, Nezahualpilli, que se hallaba viejo (o al menos cansado de tantas guerras como había hecho), quiso darlas de mano; y no sólo a éstas, pero también a las cosas del gobierno; y llamando a los de más cuenta de los de su corte, les dijo cómo se hallaba cansado y enfermo y que no se hallaba apto ni ágil para las cosas del gobierno como convenía, y que por esto quería irse a sus jardines y recreaciones a dar un poco de vado a sus cuidados y que en su lugar y nombre gobernasen las cosas que en el reino se ofreciesen dos señores deudos muy cercanos suyos los cuales allí nombró. Hecho este nombramiento mandó que ninguno de sus hijos saliese de la ciudad sino que en ella se estuviesen aguardando cosas que él pudiese mandarles. Hecho esto se fue a un jardín de grande recreación que tenía, llamado Tetzcutzinco, y llevó consigo alguna gente de su servicio de los que más le agradaban. Llevó también a Xocotzin, su mujer, madre de Cohuanacotzin y Ixtlilxuchitl, que era la que más quería y llevó de su servicio otras tres o cuatro mujeres y no consintió que fuese otra ninguna con él a esta retirada que hacía.

De esta casa de recreación salía cada día el rey a caza y se entretuvo en esta vida tiempo y espacio de seis meses, comunicando también todas las noches con sus sabios y manera de astrólogos los movimientos de los cielos (como dejamos dicho haber hecho en otras ocasiones antes). Pasado este tiempo se volvió a Tetzcuco y mandó a la reina Xocotzin, su mujer,